

no se encaprichó con el viejo Bounderby, cuando éste era soltero. ¡ Oh, no, nunca !

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el mequetrefe, antes que una modorra vertiginosa, seguida de un olvido completo, se apoderara de sus sentidos. Sacóle de ese estado de somnolencia un sueño agitado, que le daba la impresión de que le sacudían con la punta de una bota y, al mismo tiempo, escuchaba una voz que decía :

— ¡ Hola ! Es tarde ya. Larguémonos.

— Vamos — dijo, levantándose del canapé y estirándose lo mejor que pudo — es preciso que le deje... Oiga... su tabaco es bueno, ... pero es demasiado suave.

— Sí, es demasiado suave — replicó su huésped.

— Es... es... ridículamente suave — dijo Tom. — ¿ Dónde está la puerta ? ¡ Buenas noches !

Tuvo Tom entonces otro sueño extraño, en el que se sentía llevado como por un mozo de hotel, á través de la niebla, y aquel individuo se desvaneció en la ancha calle, en la que él permaneció solo, después de experimentar mucha molestia y pena. Luego se dirigió á su domicilio, sin hacer muchas eses, aunque se sentía bajo la influencia y la presencia de su nuevo amigo,

como si éste se cerniera en el aire, con la misma postura de abandono y le mirase de igual manera.

El mequetrefe entró en su casa y se acostó. Si hubiera tenido conciencia de lo que acababa de hacer, si hubiera sido un poco menos mequetrefe y más *hermano*, hubiera podido detenerse en seco y volver, después, la espalda á su domicilio, marchándose hacia el río infecto y tinto en negro, para acostarse precisamente allí, sumergiendo bien su cabeza en aquella agua burbujante y corrompida.

## CAPÍTULO XX

### HERMANOS Y AMIGOS

¡ Oh amigos míos, trabajadores explotados de Cokeville ! ¡ Oh, amigos míos y compatriotas, víctimas de un despotismo cuya mano de hierro os aplasta ! Os digo que ha llegado la hora de aliarnos unos con otros, para formar una unidad poderosa y pulverizar á los opresores, que se alimentan con los despojos de nuestras familias, con el sudor de nuestra frente, con el trabajo de nuestros brazos, con la médula de nuestros huesos ; que pisotean los divinos dere-

chos de la humanidad, siempre gloriosos, y los sagrados privilegios de la fraternidad!

« ¡Muy bien! ¡Escuchad, Escuchad! ¡Bravo!» y otras aclamaciones, proferidas por muchas voces, se dejaron oír por todos los ámbitos de la sala, en la que hacía un calor asfixiante y que estaba llena de gente, mientras el orador, subido á un estrado, acababa de soltar esa hermosa retahíla, con todo el énfasis de su imaginación. Se había acalorado tanto en su peroración, que su voz se había vuelto ronca y su semblante colorado. A fuerza de gritar con todo el poder de sus pulmones, bajo la deslumbradora luz de una lámpara de gas; á fuerza de cerrar los puños, de fruncir el ceño, de enseñar los dientes, de dar golpes en la tribuna, se había fatigado de tal modo, que tuvo precisión de callar un momento, durante el cual pidió un vaso de agua.

Mientras se hallaba de pie en el estrado, tratando de refrescar su semblante ardiente con el vaso de agua, no le era muy favorable la comparación que hubiese podido establecerse entre el orador y la multitud de rostros atentos y vueltos hacia él. Juzgándole por las apariencias, no se elevaba de la masa de auditores más que por la altura del estrado á que había subido, pero se hallaba muy por debajo del público, en otros particulares. No era tan leal, no era tan

franco, no tenía tan buen humor; reemplazaba su simplicidad por la astucia, su buen sentido por la pasión. Se trata de un hombre contrahecho, de espaldas cargadas, de mirada sombría y amenazadora, de rasgos contraídos casi siempre por una expresión de odio. A pesar de su traje híbrido, formaba un contraste desagradable con la mayoría de los asistentes, vestidos con prendas de trabajo. Si es extraño ver alguien en una reunión que se someta humildemente á la fastidiosa dictadura de un personaje pretencioso, lord ó plebeyo, que ningún poder humano pudiese sacar del berengenal de la tontería, era más extraño aun y más penoso ver á esa multitud inquieta, cuya buena fe no hubiera puesto en duda el espectador esclarecido y desinteresado, dejándose impresionar por un orador como aquél.

« ¡Muy bien! ¡Escuchad, escuchad! ¡Bravo!»

La atención é intención marcadas de aquellos rostros animados constituía un espectáculo de los más sorprendentes. No había allí despreocupación, languidez, ni curiosidad ociosa; ninguna de las distintas fases de la indiferencia, comunes en las otras reuniones, se manifestó allí un instante. Cada uno de aquellos individuos sentía, de un modo ú otro, que su situación era más desdichada de lo que debía; cada uno de

aqueellos como hombres juzgaba un deber asociarse unos con otros, para mejorar la suerte común; cada uno de aquellos sujetos creía que no le quedaba otra esperanza que formar cuerpo con los camaradas de su alrededor; toda aquella multitud tenía una fe grave, profunda y sincera en la convicción que sustentaba, erradamente ó con acierto (erradamente, en aquel momento, por desgracia). Podía verse ello de una ojeada; no había medio de engañarse sobre el particular, del mismo modo que se advertían las vigas desnudas del techo y la cal que se destacaba en las paredes de ladrillo. El espectador imparcial no podía tampoco dejar de reconocer, en el fondo de su corazón, que aquellos hombres, hasta cuando se engañaban, ofrecían grandes cualidades, de las que hubiera podido sacarse el mejor y más feliz partido; para presuponer (bajo capa de axiomas generales, por más que fuesen enmohecidos y respetables) que se descarriaban inmotivadamente y sólo por el instinto irracional de su sublevación obstinada, tanto sería decir que pediese haber humo sin fuego, muertes sin natividades, cosechas sin sembraduras, ó que todo puede ser engendrado por la nada.

Habiendo tomado el orador el refresco, enjugó su frente arrugada, paseando por ella, de

derecha á izquierda, el pañuelo enrollado, y concentró sus recuperadas fuerzas en una risa, llena de desdén y de amargura.

« Pero, ¡oh amigos y hermanos míos! ¡oh hermanos y compatriotas, trabajadores oprimidos de Cokeville! ¿Qué diremos de ese hombre, de ese obrero?... ¡Ay! ¿Por qué tengo que mancillar este glorioso título, otorgándolo á semejante hombre?... ¿Qué diremos de aquel que, sabedor, por él mismo, de los males é injusticias que os hace padecer, á vosotros, la cebolla y la médula de este país que os desprecia; de aquel que habiéndoos oído declarar (con unanimidad noble y majestuosa, la cual hará temblar á los tiranos) que estais dispuestos á inscribiros en la Asociación del Tribunal Reunido y obedecer fielmente toda orden que de la misma emane en vuestro bien; qué direis, hermanos míos, de ese obrero, que he de reconocer por tal y que, en un momento dado, abandona su sitio y se acoge á otra bandera; que en tal ocasión no ha tenido vergüenza en declarar cobarde y humildemente que se retira, rehusando unirse á los que se asocian valientemente para defender la libertad y el buen derecho?

La opinión no fue unánime respecto á esta parte del discurso. Se oyeron exclamaciones y silbidos; pues el sentimiento del honor era de-

masiado fuerte y generoso para permitir que se condenara á un hombre sin oírle.

— ¡Cuidad de no equivocaros, Slackbridge!

— Que comparezca.

— Oigamos lo que tenga que decir.

Tales fueron las palabras que salieron de algunos puntos de la sala. Por último, una voz vigorosa exclamó:

— ¿Está aquí ese hombre? Si se halla aquí, Slackbridge, le oiremos en vez de escucharos á vos.

Esta proposición fué recibida con una salva de aplausos.

Slackbridge, el orador, miró en torno á él con sonrisa amarga; extendiendo el brazo (como es costumbre entre todos los Slackbridge) para apaciguar el agitado océano, aguardó á que se restableciera el silencio profundo.

— ¡Oh, hermanos míos en humanidad! — dijo entonces Slackbridge, moviendo la cabeza con aire de hondo desprecio. — No me sorprende que vosotros, los hijos prosternados del trabajo, pongais en duda la existencia de tal hombre. El que vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas ha existido, Judas Iscariote ha existido, lord Castlereagh ha existido, y ¡ese hombre existe!

Al llegar aquí, se produjo cierta confusión y

barullo cerca del estrado, y pronto apareció el hombre en cuestión, al lado del orador. Estaba pálido, y sus facciones parecían agitadas, especialmente sus labios; pero permaneció inmóvil, con la mano izquierda en la barba, aguardando á que le quisieran oír.

Para dirigir la sesión, había un presidente, que tomó la cosa por su mano.

— Amigos míos — dijo ese funcionario. — En virtud de mi cargo, ruego á nuestro amigo Slackbridge, que quizá se ha extralimitado algo en este asunto, que tome asiento mientras se escucha á Esteban Blackpool. Ya conocéis á Esteban Blackpool, estais enterados de sus desdichas y de su buena reputación.

En diciendo esto, el presidente dió un cordial apretón de manos á Esteban y se sentó. Slackbridge también tomó asiento, enjugándose la frente, siempre de derecha é izquierda, y nunca en otro sentido.

— Amigos míos — empezó Esteban, en medio de un silencio profundo. — He oído lo que acaban de decir de mí, y posible es que contribuya á enmarañar yo el asunto, subiendo aquí. Lo mismo dá. Prefiero que oigais de mí mismo lo que ocurre, aunque jamás haya hablado yo delante de tanta gente, sin turbarme é intimidarme.

Slackbridge sacudió su cabeza, como si hubiera querido, en su amargura, hacerla caer de sus hombros.

— Soy el único obrero de la fábrica Boun-  
derby que no acepta el reglamento propuesto.  
No puedo aceptarlo, amigos míos, porque dudo  
que nos haga bien: creo que antes nos hará  
mal.

Slackbridge se echó á reír, cruzóse de brazos  
y frunció el ceño, con aire sarcástico.

— Mas no he subido aquí para eso. Si sólo  
se tratara de este punto, me asociaría á los  
demás. Tengo otras razones, . . . razones parti-  
culares, entendeis, que me impiden, no solo  
por hoy, sino por siempre . . . siempre . . . mien-  
tras viva.

Slackbridge se levantó de un salto y se co-  
locó junto al obrero, rechinando de dientes y  
gesticulando.

— ¡Oh, amigos míos! ¿No es eso lo que os  
decía? ¡Oh compatriotas! ¿No es la advertencia  
exacta que os hacía, poniéndoos en guardia  
contra un falso hermano? Y ¿qué pensais de  
esa conducta cobarde en un hombre sobre el  
cual sabemos todos que la ilegalidad de los de-  
rechos ha pesado de una manera abrumadora?  
¡Oh compatriotas! ¿Os pregunto qué pensais de  
esa traición de uno de vuestros hermanos, que

suscribe de este modo su perdición, la vuestra,  
la de vuestros hijos y la de los hijos de éstos?

Oyéronse algunos aplausos y algunos gritos  
de: « ¡Abajo el traidor! »; pero la mayor parte  
de los congregados permanecieron tranquilos.  
Miraban las facciones fatigadas de Esteban, que  
se hacían más afflictivas por el drama doméstico  
que pregonaban; y en la bondad natural de su  
alma, experimentaban más tristeza que indigna-  
ción.

— Hablar es oficio del delegado — dijo Es-  
teban. — Para eso le pagan; y sabe lo que tiene  
qua hacer. Que lo haga, pues. Que no se preo-  
cupe de lo que he sufrido. Esto no le importa.  
Esto no importa más que á mí.

Había en sus palabras tanta decencia, para  
no decir dignidad, que el auditorio se mostró  
más tranquilo y atento. Gritó entonces la misma  
voz enérgica que se había oído ya:

— Slackbridge, callaos y dejadle hablar.

Entonces se produjo en la sala un silencio  
sorprendente.

— Hermanos míos — dijo Esteban, cuya  
voz, aunque poco elevada, se dejaba oír per-  
fectamente — y compañeros, pues soy vuestro  
camarada de trabajo y de penalidad, y creo  
que ese delegado no puede decir lo mismo;  
sólo tengo que añadir una palabra, y nada más

podría yo decir, aunque hablara hasta mañana. Sé lo que me espera. Conozco bien que estais dispuestos á romper toda relación con un obrero que rehusa ir con vosotros en este asunto. Sé bien que, si me hallara próximo á morir en la calle, juzgaríais como un deber pasar junto á mí, cual si se tratara de un extranjero ó de un desconocido ; pero mantendré lo que he prometido.

— Esteban Blackpool — dijo el presidente, levantándose. — Piense V. en ello. Piense V. aun en ello, amigo mío, antes de que se vea rechazado por sus viejos camaradas.

Dejóse oír un murmurio general, que expresaba el mismo voto, aunque nadie profirió palabra. Todas las miradas estaban fijas en Esteban. Sólo con cambiar de decisión, hubiera aliviado á todos los corazones. Bien lo vió, al dirigir una mirada en derredor. En su corazón no había el menor odio contra ellos ; les conocía demasiado para detenerse en las debilidades y errores externos ; los conocía como un compañero debe conocerlos.

— Más de una vez he pensado en ello. No puedo ser de los vuestros, hélo ahí. Tengo que seguir mi camino, derechamente ; y preciso es que me despida de todos vosotros.

Les hizo como un saludo, levantando los

brazos, manteniéndose un rato en esta postura, no volviendo á tomar la palabra hasta que los dejó caer.

— He cambiado buenas palabras con alguno de los presentes ; veo á más de un semblante que conocí, cuando era más jóven y estaba menos triste que hoy. Desde que me hallo en el mundo, no he reñido con ninguno de mis compañeros, y bien sabe Dios que no he sido yo quien ha buscado la querrela de esta noche. Me llamareis traidor y lo demás... Hablo de vos — añadió, dirigiéndose á Slackbridge — pero más fácil es decirlo que probarlo. Pues bien : ¡ sea !

Había ya dado dos pasos, como para bajar del estrado, cuando se acordó de algo que había olvidado decir y volvió á su sitio :

— Quizá — dijo, volviéndose poco á poco, con su arrugado semblante, para dirigir la palabra á alguien del auditorio, individualmente, entre los más próximos como entre los más lejanos — quizá, cuando se renueve esta cuestión y se discuta, se amenazará con declararse en huelga, si los patronos me dejan trabajar con vosotros. Espero morir antes de que tal cosa suceda, pero en este caso me resignaré á trabajar aislado, entre vosotros, y me veo, á la verdad, obligado á ello, no para hostigaros, sino para vivir. Para ganar el pan, sólo tengo mis brazos. Y ¿donde podré

hallar trabajo, si no es en Cokeville, donde empecé á trabajar cuando era muchacho? No me quejaré de que se me rechace y se me abandone, á partir de hoy, pero espero que se me dejará trabajar. Si un derecho tengo, amigos míos, creo que es ése.

No se profirió una palabra más; no se dejó oír en la sala el menor ruido, salvo el ligero roce de los que se apartaban un poco, en el centro del local, para dejar paso al hombre que ninguno de ellos debía considerar ya como su compañero. Sin mirar á nadie, yendo derechamente por su camino, con aire de humilde reserva, que nada pedía ni reclamaba, Esteban abandonó la sala, llevando consigo el peso de nuevos infortunios.

Entonces Slackbridge, que había extendido el brazo, mientras salía Esteban, como si se manifestara en extremo solícito y desplegara gran poder moral en reprimir las pasiones vehementes de la multitud, se ocupó en levantar el espíritu abatido de la reunión.

« ¿El romano Bruto, amigos míos, no condenó á muerte á su propio hijo? Y las madres de Esparta, oh amigos míos, y pronto mis compañeros de victoria, ¿no retuvieron y forzarón á sus hijos, que rehuían la punta de las espadas enemigas? ¿No fué un deber sagrado para los hombres de Cokeville, que tenían detrás de sí á

los antepasados, y delante al mundo que les admiraba y una posteridad que debía sucederles, echar á los traidores lejos de las tiendas que se habían levantado por una causa sagrada y divina? El cielo respondió, de los cuatro puntos cardinales: « ¡Sí! » del oeste, del este, del norte y del sud. Así pues, lanzemos tres *hurras* á la Asociación del Tribunal Reunido.

Slackbridge marcó el compás, asumiendo las funciones de un director de orquesta. Aquella multitud de rostros inciertos (que no dejaban de sentir remordimiento) recobraron, al oír aquella señal, un poco de serenidad y se repitió la aclamación. Todo sentimiento personal debía posponerse á la causa común. ¡Hurra! Los gritos de triunfo resonaban aun por los ámbitos de la sala, cuando los congresistas se dispersaron.

No faltó más para que Esteban Blackpool cayera en la vida más solitaria que sea dado ver, una vida de aislamiento en medio de una multitud amiga. Aquel que busca, en una tierra extranjera, una mirada simpática en diez mil semblantes, sin encontrarla, se halla en una sociedad agradable en comparación con el desgraciado que todos los días vé pasar, apartándose de él, diez rostros que poco antes eran amigos. Tal debfa ser, en cada instante de su vida, la nueva prueba dolorosa de Esteban, ya

en su taller, al entrar ó salir, ya en su puerta, ya en su ventana y por doquiera. Se habían confabulado sus compañeros para no ir jamás por la calle que acostumbraba él atravesar; era el único, entre los obreros, que marchase por el sitio que había elegido.

Desde hacía mucho tiempo, Esteban era un hombre tranquilo, que frecuentaba poco la sociedad de los demás hombres y tenía la costumbre de acompañarse sólo de sus pensamientos. Hasta entonces había ignorado que su corazón necesitara de la simpatía frecuente de una inclinación de cabeza, de una mirada, de una palabra, ó del inmenso alivio que esas nimiedades sociales habían infiltrado en su alma, gota á gota. Jamás hubiera creído en la dificultad de separar de su conciencia el abandono completo en que le dejaban sus compañeros y el sentimiento injusto de deshonor y de vergüenza.

Los cuatro primeros días de su dolorosa prueba se le antojaron tan penosos y tan duros, que empezó á espantarse de la perspectiva que se le ofrecía. No sólo dejó de encontrar á Raquel, sino que trató de evitar toda probabilidad de un encuentro con ella; pues aunque no ignoraba que la prohibición referente á él no se extendía aun de un modo oficial á

las mujeres que trabajaban en las fábricas, observó que muchas de ellas habían cambiado de semblante para con él y tembló para que no hicieran á Raquel objeto del destierro del silencio, como él, si los veían juntos. Había, pues, vivido enteramente solo durante aquellos cuatro días y no había hablado á quien, cuando al salir del trabajo, un joven imberbe se le acercó y le interpeló en la calle.

— Usted se llama Blackpool, ¿no es eso? — preguntó el joven.

Esteban se sonrojó, al advertir que se había quitado el sombrero, por agradecimiento hacia el que se había dignado hablarle, ó por la sorpresa que había experimentado, ó por la confusión de estos dos sentimientos. Hizo como que se lo había quitado para arreglar el ala y respondió:

— Sí.

— ¿Usted es el obrero que han dejado aislado? — preguntó Bitzer, que era el joven, algo coloreado, de que hemos hablado.

Esteban respondió otra vez:

— Sí.

— Lo he adivinado, al ver que todos huyen de V. El Sr. Bounderby desea hablarle. ¿Sabe V. dónde vive?

Esteban volvió á responder:

— Sí.

— Entonces vaya V. en seguida, ¿irá V.? — dijo Bitzer. — Le aguardan, y no tiene V. más que decir su nombre al criado. Estoy empleado en la casa de banca; y si va V. allí solo, pues no más he venido á buscarle, me ahorrará V. un viaje.

Esteban, que iba en dirección opuesta, volvióse y se dirigió, como era su deber, hacia el castillo de ladrillos rojos del gran Bounderby.

## CAPÍTULO XXI

### OBREROS Y PATRONOS.

— ¡Veamos, Esteban! — dijo Bounderby, con su voz tempestuosa. — ¿Qué es lo que he sabido? ¡Cómo! ¿Tratan á usted de ese modo aquellos miserables? Entre y hableme con franqueza.

Se le invitaba á entrar en el salón. La mesa estaba dispuesta para el te. La joven esposa del Sr. Bounderby, el hermano de ella y un apuesto caballero de Londres estaban allí. Esteban hizo su saludo, cerrando la puerta y permaneciendo junto á ella, con el sombrero en la mano.

— Vea al hombre de que le hablaba, Hart-house, — dijo el Sr. Bounderby.

El personaje, á quien se dirigía y que estaba sentado en el canapé y se disponía á hablar á la Sr. Bounderby, se levantó y dijo con acento de fastidio: « ¡Ah! ¡si! »; y se llegó perezosamente hasta la chimenea, junto á la cual se hallaba el Sr. Bounderby.

— Ahora — repitió Bounderby — hable con franqueza.

Después de los cuatro días que Esteban acababa de pasar en el aislamiento, estas palabras no podían dejar de producir en su oído una impresión desagradable y discordante. No sólo herían su alma lastimada, sino que parecían establecer, en realidad, que merecía el reproche de desertor egoísta que se le dirigiera.

— ¿Qué desea V. de mí, señor, si me permite? — preguntó.

— Pero si se lo acabo de decir — replicó Bounderby. — Hable con franqueza, hable como un hombre, puesto que V. es un hombre, y explíquenos su asunto y la historia de esa asociación de obreros.

— Dispénsese, señor — dijo Esteban Blackpool. — No tengo nada que decir sobre el particular.

El Sr. Bounderby, que se parecía más ó menos á una tempestad, cuando halló ese obstáculo, se echó inmediatamente á soplar sobre él.